

SI DIGO EDUCAR PARA LOS DERECHOS HUMANOS

Luis Pérez Aguirre

Sucede que fuimos y muchos somos todavía "analfabetos" en derechos humanos. Estamos mal educados para los derechos humanos. Superar esta incultura supone partir de lo más inmediato, de lo más íntimo, de lo más cotidiano y doméstico, para luego remontarnos a lo más amplio, complejo y estructural. Si menciono lo cotidiano es porque considero la individualidad personal incluida en sus relaciones que afectan y son afectadas por estructuras cósmicas que también hacen esa cotidianeidad.

Somos analfabetos porque nos desnaturalizan los efectos del marco mental tecnológico actual sobre la educación a que somos sometidos. Lo explicó muy bien Gregory Bateson ante las autoridades de la Universidad de California ya hace algunos años, en 1978. En esa ocasión abundó en observaciones que había hecho antes en una reunión del *Committee on Educational Policy*. Los supuestos en que se basa la enseñanza son *obsoletos*, dijo, y los enumeró de la siguiente manera:

- a) el dualismo cartesiano que separa "mente" y "materia";
- b) el fisicalismo extraño de las metáforas que utilizamos para describir y explicar los fenómenos mentales: "poder", "tensión", "energía", "fuerzas sociales", etc.
- c) nuestro supuesto antiestético, tomado del énfasis que Bacon, Locke y Newton hace tiempo pusieron en las ciencias físicas, a saber, que todos los fenómenos (incluidos los mentales) pueden y deben ser estudiados y *valorados* en términos cuantitativos.

La visión del mundo -la epistemología latente y parcialmente *inconsciente*- que tales ideas en conjunto generan es anticuada en tres maneras:

- a) Pragmáticamente, está claro que estas premisas y sus corolarios llevan a la codicia, a un monstruoso crecimiento excesivo, a la guerra, la tiranía y la contaminación. En este sentido, *nuestras* premisas se demuestran a diario falsas y los educandos son poco conscientes de esto.

SI DIGO EDUCAR PARA LOS DERECHOS HUMANOS

Luis Pérez Aguirre

Sucede que fuimos y muchos somos todavía "analfabetos" en derechos humanos. Estamos mal educados para los derechos humanos. Superar esta incultura supone partir de lo más inmediato, de lo más íntimo, de lo más cotidiano y doméstico, para luego remontarnos a lo más amplio, complejo y estructural. Si menciono lo cotidiano es porque considero la individualidad personal incluida en sus relaciones que afectan y son afectadas por estructuras cósmicas que también hacen esa cotidianeidad.

Somos analfabetos porque nos desnaturalizan los efectos del marco mental tecnológico actual sobre la educación a que somos sometidos. Lo explicó muy bien Gregory Bateson ante las autoridades de la Universidad de California ya hace algunos años, en 1978. En esa ocasión abundó en observaciones que había hecho antes en una reunión del Committee on Educational Policy. Los supuestos en que se basa la enseñanza son obsoletos, dijo, y los enumeró de la siguiente manera:

a) el dualismo cartesiano que separa "mente" y "materia";

b) el fisicalismo extraño de las metáforas que utilizamos para describir y explicar los fenómenos mentales: "poder", "tensión", "energía", "fuerzas sociales", etc.

c) nuestro supuesto antiestético, tomado del énfasis que Bacon, Locke y Newton hace tiempo pusieron en las ciencias físicas, a saber, que todos los fenómenos (incluidos los mentales) pueden y deben ser estudiados y valorados en términos cuantitativos.

La visión del mundo -la epistemología latente y parcialmente inconsciente- que tales ideas en conjunto generan es anticuada en tres maneras:

a) Pragmáticamente, está claro que estas premisas y sus corolarios llevan a la codicia, a un monstruoso crecimiento excesivo, a la guerra, la tiranía y la contaminación. En este sentido, nuestras premisas se demuestran a diario falsas y los educandos son poco conscientes de esto.

Luis Pérez Aguirre

Sucede que fuimos y muchos somos todavía "analfabetos" en derechos humanos. Estamos mal educados para los derechos humanos. Superar esta incultura supone partir de lo más inmediato, de lo más íntimo, de lo más cotidiano y doméstico, para luego remontarnos a lo más amplio, complejo y estructural. Si menciono lo cotidiano es porque considero la individualidad personal incluida en sus relaciones que afectan y son afectadas por estructuras cósmicas que también hacen esa cotidianeidad.

Somos analfabetos porque nos desnaturalizan los efectos del marco mental tecnológico actual sobre la educación a que somos sometidos. Lo explicó muy bien Gregory Bateson ante las autoridades de la Universidad de California ya hace algunos años, en 1978. En esa ocasión abundó en observaciones que había hecho antes en una reunión del Committee on Educational Policy. Los supuestos en que se basa la enseñanza son obsoletos, dijo, y los enumeró de la siguiente manera:

a) el dualismo cartesiano que separa "mente" y "materia";

b) el fisicalismo extraño de las metáforas que utilizamos para describir y explicar los fenómenos mentales: "poder", "tensión", "energía", "fuerzas sociales", etc.

c) nuestro supuesto antiestético, tomado del énfasis que Bacon, Locke y Newton hace tiempo pusieron en las ciencias físicas, a saber, que todos los fenómenos (incluidos los mentales) pueden y deben ser estudiados y valorados en términos cuantitativos.

La visión del mundo -la epistemología latente y parcialmente inconsciente- que tales ideas en conjunto generan es anticuada en tres maneras:

a) Pragmáticamente, está claro que estas premisas y sus corolarios llevan a la codicia, a un monstruoso crecimiento excesivo, a la guerra, la tiranía y la contaminación. En este sentido, nuestras premisas se demuestran a diario falsas y los educandos son poco conscientes de esto.

- b) *Intelectualmente*, las premisas son obsoletas en cuanto la teoría de sistemas, la cibernética, la medicina holística, la ecología y la psicología de la *Gestalt* ofrecen, demostrativamente, mejores medios de comprender el mundo de la biología y de la conducta.
- c) Como base para la *religión*, premisas como las que he mencionado se hicieron *claramente intolerables* y, por tanto, *obsoletas* hace unos 100 años. En las secuelas de la evolución darwinista, esto se afirmó con bastante claridad por pensadores como Samuel Butler y el príncipe Kropotkin. Pero ya en el siglo XVIII, William Blake vio que la filosofía de Locke y Newton podía generar sólo "oscuros molinos satánicos"¹

Por efecto de estas premisas falsas y obsoletas es infinitamente más fácil recibirse de doctor en ciencias aplicadas que de "*doctor en humanidad*". Pero si no todos podrán llegar al título de doctor en ciencias, sí lo podrían lograr en humanidad. Ello está al alcance de todos. Entre otras cosas porque aquí hay que empezar por el huevo y la gallina a la vez. ¿Quién educa en derechos humanos al educador? Estamos ante la aparente insensatez que precede a quien pretende pensar estas cosas. Porque educar, simplemente, es vivir la cotidianeidad de tal manera que por el hecho de estar uno ante alguien, ese otro pueda sentirse afectado y modificado en lo profundo de su persona. En sencillo esto quiere decir aquello del sabio educador Paulo Freire de que "nadie se educa solo", y aún más, que "**nadie educa a nadie**"..., que "**los seres humanos se educan en comunión**". Menudo problema este, que se agranda infinitamente cuando al "*educar*" lo adjetivamos con eso de "*en derechos humanos*".

Si digo educar

Educar, educación, derechos humanos,... términos que manejamos con total soltura y a veces hasta con temeridad, con poca responsabilidad. Pero no son unívocos (de un único significado) sino equívocos. Esa es la desgracia. Todos hablamos de *educación*, pero no todos le atribuimos el mismo contenido. Porque según sea la idea que cada uno se haga del valor, de los DD.HH. y del fin de la existencia, tal será su concepto de educación.

Estamos mucho más allá del problema de la mera *información* y de la "*instrucción*" cotidiana sobre los derechos humanos. Quizás sea fácil transmitir información sobre los DD.HH., su historia, el contenido de la Declaración Universal, las Convenciones... Pero no se puede confiar sólo a los maestros y profesores la misión de sensibilizar a las personas, especialmente a los jóvenes y adolescentes, en los derechos humanos. No se puede respetar a los derechos

¹ Cf. BATESON, Gregory, *Mind and Nature*, Londres 1980, p. 231 s. Cita y comentario de Anne Primavera en *Del Apocalipsis al Génesis*, Herder, Barcelona, 1995, p.31s.

b) Intelectualmente, las premisas son obsoletas en cuanto la teoría de sistemas, la cibernética, la medicina holística, la ecología y la psicología de la Gestalt ofrecen, demostrativamente, mejores medios de comprender el mundo de la biología y de la conducta.

c) Como base para la religión, premisas como las que he mencionado se hicieron claramente intolerables y, por tanto, obsoletas hace unos 100 años. En las secuelas de la evolución darwinista, esto se afirmó con bastante claridad por pensadores como Samuel Butler y el príncipe Kropotkin. Pero ya en el siglo XVIII, William Blake vio que la filosofía de Locke y Newton podía generar sólo "oscuros molinos satánicos"¹

Por efecto de estas premisas falsas y obsoletas es infinitamente más fácil recibirse de doctor en ciencias aplicadas que de "doctor en humanidad". Pero si no todos podrán llegar al título de doctor en ciencias, sí lo podrían lograr en humanidad. Ello está al alcance de todos. Entre otras cosas porque aquí hay que empezar por el huevo y la gallina a la vez. ¿Quién educa en derechos humanos al educador? Estamos ante la aparente insensatez que precede a quien pretende pensar estas cosas. Porque educar, simplemente, es vivir la cotidianeidad de tal manera que por el hecho de estar uno ante alguien, ese otro pueda sentirse afectado y modificado en lo profundo de su persona. En sencillo esto quiere decir aquello del sabio educador Paulo Freire de que "nadie se educa solo", y aún más, que "nadie educa a nadie"..., que "los seres humanos se educan en comunión". Menudo problema este, que se agranda infinitamente cuando al "educar" lo adjetivamos con eso de "en derechos humanos".

Si digo educar

Educar, educación, derechos humanos,... términos que manejamos con total soltura y a veces hasta con temeridad, con poca responsabilidad. Pero no son unívocos (de un único significado) sino equívocos. Esa es la desgracia. Todos hablamos de educación, pero no todos le atribuimos el mismo contenido. Porque según sea la idea que cada uno se haga del valor, de los DD.HH. y del fin de la existencia, tal será su concepto de educación.

Estamos mucho más allá del problema de la mera información y de la "instrucción" cotidiana sobre los derechos humanos. Quizás sea fácil transmitir información sobre los DD.HH., su historia, el contenido de la Declaración Universal, las Convenciones... Pero no se puede confiar sólo a los maestros y profesores la misión de sensibilizar a las personas, especialmente a los jóvenes y adolescentes, en los derechos humanos. No se puede respetar a los derechos

¹ Cf. BATESON, Gregory, *Mind and Nature*, Londres 1980, p. 231 s. Cita y comentario de Anne Primavera en *Del Apocalipsis al Génesis*, Herder, Barcelona, 1995, p.31s.

b) Intelectualmente, las premisas son obsoletas en cuanto la teoría de sistemas, la cibernética, la medicina holística, la ecología y la psicología de la Gestalt ofrecen, demostrativamente, mejores medios de comprender el mundo de la biología y de la conducta.

c) Como base para la religión, premisas como las que he mencionado se hicieron claramente intolerables y, por tanto, obsoletas hace unos 100 años. En las secuelas de la evolución darwinista, esto se afirmó con bastante claridad por pensadores como Samuel Butler y el príncipe Kropotkin. Pero ya en el siglo XVIII, William Blake vio que la filosofía de Locke y Newton podía generar sólo "oscuros molinos satánicos"¹

Por efecto de estas premisas falsas y obsoletas es infinitamente más fácil recibirse de doctor en ciencias aplicadas que de "doctor en humanidad". Pero si no todos podrán llegar al título de doctor en ciencias, sí lo podrían lograr en humanidad. Ello está al alcance de todos. Entre otras cosas porque aquí hay que empezar por el huevo y la gallina a la vez. ¿Quién educa en derechos humanos al educador? Estamos ante la aparente insensatez que precede a quien pretende pensar estas cosas. Porque educar, simplemente, es vivir la cotidianeidad de tal manera que por el hecho de estar uno ante alguien, ese otro pueda sentirse afectado y modificado en lo profundo de su persona. En sencillo esto quiere decir aquello del sabio educador Paulo Freire de que "nadie se educa solo", y aún más, que "nadie educa a nadie"..., que "los seres humanos se educan en comunión". Menudo problema este, que se agranda infinitamente cuando al "educar" lo adjetivamos con eso de "en derechos humanos".

Si digo educar

Educar, educación, derechos humanos,... términos que manejamos con total soltura y a veces hasta con temeridad, con poca responsabilidad. Pero no son unívocos (de un único significado) sino equívocos. Esa es la desgracia. Todos hablamos de educación, pero no todos le atribuimos el mismo contenido. Porque según sea la idea que cada uno se haga del valor, de los DD.HH. y del fin de la existencia, tal será su concepto de educación.

Estamos mucho más allá del problema de la mera información y de la "instrucción" cotidiana sobre los derechos humanos. Quizás sea fácil transmitir información sobre los DD.HH., su historia, el contenido de la Declaración Universal, las Convenciones... Pero no se puede confiar sólo a los maestros y profesores la misión de sensibilizar a las personas, especialmente a los jóvenes y adolescentes, en los derechos humanos. No se puede respetar a los derechos

¹ Cf. BATESON, Gregory, *Mind and Nature*, Londres 1980, p. 231 s. Cita y comentario de Anne Primavesi en *Del Apocalipsis al Génesis*, Herder, Barcelona, 1995, p.31s.

humanos sin tener la íntima convicción de que cada ser humano, por el hecho de ser tal, puede y debe en todo momento ser defensor y promotor de ellos. No existen los "profesionales" de los derechos humanos... Todo ser humano es sujeto y objeto de esa defensa y promoción. De ahí la convicción de que no existe mejor pedagogía en derechos humanos que la del **testimonio**. La lucha por educar en derechos humanos sólo es creíble desde el momento en que se inscriba, no en niveles teóricos y académicos, sino en lo cotidiano: en la casa, en la escuela, el deporte, el trabajo, la iglesia... Es así como se pueden llegar a percibir los valores de la justicia, del respeto, de la solidaridad y sus dificultades, sea a nivel local, nacional o internacional.

Educar es modificar actitudes y conductas. Es afectar los corazones, los estilos de vida, las convicciones. Y es evidente que esto no puede hacerse sino desde las actitudes profundas del propio educador (en el entendido de la "comunidad" educador-educando en la vida cotidiana). No podemos concebir el proceso educativo más que como una especie de empatía, de mimesis de actitudes entre ambos sujetos. Entonces todos deben participar en este proceso: la madre y el padre (aún desde antes de nacer los hijos). Pero también los abuelos, los vecinos, el cartero, la peluquera, el mozo del bar...

Entonces educar es otra cosa, es justo al revés de lo que todos normalmente pensamos y creemos. Educar no es "introducir" en la mente y el corazón de la persona (infantil o adulta) unos contenidos, conceptos, conocimientos... sino justamente al revés. Eso fue lo que vino a combatir hace años Paulo Freire con su descripción de la educación *bancaria*, aquella que concibe la persona como si fuera un recipiente vacío en el que *depositamos* conocimientos, principios y hábitos. La misma palabra educación nos está negando toda posibilidad de una actitud *bancaria*: porque *e-ducere* quiere decir conducir hacia fuera, hacer aflorar, sacar a la luz. En el término nada permite referirse a "meter", "depositar", "inyectar"...

Educar es el arte de hacer que aflore todo lo más hermoso, lo más valioso, lo más digno, lo más humano que hay en el corazón de cada persona. Es posibilitar el despliegue de sus talentos, de sus capacidades, sus dinamismos positivos más personales.

La educación prepara para la vida por la práctica de la misma vida. Por eso la educación nunca puede concluir en un período determinado de la vida. Ella es por naturaleza un acto permanente de amor y de coraje; es una especie de acto ginecológico, como la función de la matrona o la partera; y es *una práctica de la libertad humana dirigida hacia la fraternidad y la persona en sociedad, a quien nunca se acepta como pre-determinada, sino que se busca ayudar para que acceda a una vida más plena y humana por la solidaridad y el espíritu fraternal.*

humanos sin tener la íntima convicción de que cada ser humano, por el hecho de ser tal, puede y debe en todo momento ser defensor y promotor de ellos. No existen los "profesionales" de los derechos humanos... Todo ser humano es sujeto y objeto de esa defensa y promoción. De ahí la convicción de que no existe mejor pedagogía en derechos humanos que la del testimonio. La lucha por educar en derechos humanos sólo es creíble desde el momento en que se inscriba, no en niveles teóricos y académicos, sino en lo cotidiano: en la casa, en la escuela, el deporte, el trabajo, la iglesia... Es así como se pueden llegar a percibir los valores de la justicia, del respeto, de la solidaridad y sus dificultades, sea a nivel local, nacional o internacional.

Educar es modificar actitudes y conductas. Es afectar los corazones, los estilos de vida, las convicciones. Y es evidente que esto no puede hacerse sino desde las actitudes profundas del propio educador (en el entendido de la "comunidad" educador-educando en la vida cotidiana). No podemos concebir el proceso educativo más que como una especie de empatía, de mimesis de actitudes entre ambos sujetos. Entonces todos deben participar en este proceso: la madre y el padre (aún desde antes de nacer los hijos). Pero también los abuelos, los vecinos, el cartero, la peluquera, el mozo del bar...

Entonces educar es otra cosa, es justo al revés de lo que todos normalmente pensamos y creemos. Educar no es "introducir" en la mente y el corazón de la persona (infantil o adulta) unos contenidos, conceptos, conocimientos... sino justamente al revés. Eso fue lo que vino a combatir hace años Paulo Freire con su descripción de la educación bancaria, aquella que concibe la persona como si fuera un recipiente vacío en el que depositamos conocimientos, principios y hábitos. La misma palabra educación nos está negando toda posibilidad de una actitud bancaria: porque e-ducere quiere decir conducir hacia fuera, hacer aflorar, sacar a la luz. En el término nada permite referirse a "meter", "depositar", "inyectar"...

Educar es el arte de hacer que aflore todo lo más hermoso, lo más valioso, lo más digno, lo más humano que hay en el corazón de cada persona. Es posibilitar el despliegue de sus talentos, de sus capacidades, sus dinamismos positivos más personales.

La educación prepara para la vida por la práctica de la misma vida. Por eso la educación nunca puede concluir en un período determinado de la vida. Ella es por naturaleza un acto permanente de amor y de coraje; es una especie de acto ginecológico, como la función de la matrona o la partera; y es una práctica de la libertad humana dirigida hacia la fraternidad y la persona en sociedad, a quien nunca se acepta como pre-determinada, sino que se busca ayudar para que acceda a una vida más plena y humana por la solidaridad y el espíritu fraternal.

humanos sin tener la íntima convicción de que cada ser humano, por el hecho de ser tal, puede y debe en todo momento ser defensor y promotor de ellos. No existen los "profesionales" de los derechos humanos... Todo ser humano es sujeto y objeto de esa defensa y promoción. De ahí la convicción de que no existe mejor pedagogía en derechos humanos que la del testimonio. La lucha por educar en derechos humanos sólo es creíble desde el momento en que se inscriba, no en niveles teóricos y académicos, sino en lo cotidiano: en la casa, en la escuela, el deporte, el trabajo, la iglesia... Es así como se pueden llegar a percibir los valores de la justicia, del respeto, de la solidaridad y sus dificultades, sea a nivel local, nacional o internacional.

Educación es modificar actitudes y conductas. Es afectar los corazones, los estilos de vida, las convicciones. Y es evidente que esto no puede hacerse sino desde las actitudes profundas del propio educador (en el entendido de la "comunidad" educador-educando en la vida cotidiana). No podemos concebir el proceso educativo más que como una especie de empatía, de mimesis de actitudes entre ambos sujetos. Entonces todos deben participar en este proceso: la madre y el padre (aún desde antes de nacer los hijos). Pero también los abuelos, los vecinos, el cartero, la peluquera, el mozo del bar...

Entonces educar es otra cosa, es justo al revés de lo que todos normalmente pensamos y creemos. Educación no es "introducir" en la mente y el corazón de la persona (infantil o adulta) unos contenidos, conceptos, conocimientos... sino justamente al revés. Eso fue lo que vino a combatir hace años Paulo Freire con su descripción de la educación bancaria, aquella que concibe la persona como si fuera un recipiente vacío en el que depositamos conocimientos, principios y hábitos. La misma palabra educación nos está negando toda posibilidad de una actitud bancaria: porque e-ducere quiere decir conducir hacia fuera, hacer aflorar, sacar a la luz. En el término nada permite referirse a "meter", "depositar", "inyectar"...

Educación es el arte de hacer que aflore todo lo más hermoso, lo más valioso, lo más digno, lo más humano que hay en el corazón de cada persona. Es posibilitar el despliegue de sus talentos, de sus capacidades, sus dinamismos positivos más personales.

La educación prepara para la vida por la práctica de la misma vida. Por eso la educación nunca puede concluir en un período determinado de la vida. Ella es por naturaleza un acto permanente de amor y de coraje; es una especie de acto ginecológico, como la función de la matrona o la partera; y es una práctica de la libertad humana dirigida hacia la fraternidad y la persona en sociedad, a quien nunca se acepta como pre-determinada, sino que se busca ayudar para que acceda a una vida más plena y humana por la solidaridad y el espíritu fraternal.

